

LA PARADOJA DEL GRAN HOMBRE

Juan Arana. Universidad de Sevilla

Desde hace cien años los lógicos están muy entretenidos con una adivinanza que consiste en averiguar si es verdadera o falsa la siguiente frase: «lo que digo ahora mismo es mentira». Leyendo autobiografías he llegado a tener la impresión de que para un gran hombre tampoco debe ser sencillo contar su vida, porque cuando afirma que lo es resulta vanidoso, y si dice lo contrario, también, pero de modo más retorcido. A lo mejor ocurre con la autobiografía del gran hombre lo mismo que con la camisa del hombre feliz: quien en verdaderamente grande no la escribe.

Había llegado a esta sospecha tras leer la de una de nuestras glorias nacionales, que me decepcionó por la impúdica y obsesiva exhibición egocéntrica de un *ego* que tampoco da para tanto. Mira por dónde, entonces cayó en mis manos la *Autobiografía razonada* de Fernando Savater (*Mira por dónde*, Madrid, Taurus, 2003), que ha tenido la virtud de reconciliarme con el género y con quien tan brillantemente sabe hablar de sí mismo. Sería demasiado osado tratar de dar cuenta aquí del hombre, porque el conocimiento que tengo de su persona y obra es más que deficiente. En cambio, me atrevo a hablar del libro por dos razones: porque soy uno de sus destinatarios («escribo este libro sólo para quienes no me conocen en absoluto...» p. 21) y porque dibuja un perfil de humanidad que resulta interesante. Quien haya tenido trato e intimidad con el autobiografiado podrá certificar si la historia que cuenta es *verdídica* (esto es, si contiene toda la verdad y nada más que la verdad), pero a mí eso hasta cierto punto me da igual. Si en *Mira por dónde* no aparece el Savater real, será entonces uno de los muchos Savateres posibles, tan creíble como el que más y más digno de ser tomado en consideración que la mayoría.

Este Savater del cuento resulta que es un gran hombre. Henos, pues, ante la paradoja antedicha: Escribir sobre la propia vida no deja ser un ejercicio de inmodestia, a no ser que se haga «por imperativo de la superioridad», como Teresa de Jesús, o exclusivamente para uso íntimo, familiar, como Charles Darwin. Por consiguiente, si Savater es grande, su autobiografía tendría que ser pequeña, lo cual tampoco es precisamente el caso. A lo largo de las páginas hay una clara *opción preferente* en favor de la calidad de la biografía y en contra de la del biografiado, que se presenta a sí mismo como un antihéroe, un eterno adolescente, narcisista, ignorante, inmaduro, alguien al que superan muchas de las cosas que hace y vive. Es, en definitiva, una confesión en toda regla, casi en la línea de Kepler o Rousseau. ¿Falsa modestia? Quizá. En todo caso, se trata de una falsa modestia *soberbia*. Hay que tener gracia para mentir acerca de uno mismo y, si tal es el caso, aquí se perpetra el engaño con todo el arte.

Pero genuina o falsamente modesto, lo cierto es que las cuentas no salen. Es como un libro de cocina que nos diera la receta para hacer un plato de bacalao con pimientos sin emplear bacalao ni pimientos. Se echan en falta los ingredientes mínimos para urdir cualquier tipo de epopeya biográfica y a pesar de ello la cosa «cuaja»: es un bizcocho

que esponja a pesar de no haber puesto en él levadura. ¿Cómo es posible? Gracias tal vez a algo que tiene que ver con la nietzscheana inversión de los valores y, si me apuran, con la metáfora evangélica de la piedra desechada por los arquitectos. La decidida y a menudo furibunda irreligiosidad de Savater (sólo superada por su anticlericalismo) no alienta la búsqueda de puntos de contacto, pero hay que empeñarse mucho para no ver en él una actitud que en otro contexto podría definirse perfectamente como «desprendimiento de los bienes terrenales». Absurdo, ¿no? Al fin y al cabo, defiende con pasión el hedonismo más radical, se atiene sin desmayo al horizonte de la inmanencia, busca o dice buscar el placer más inmediato... No obstante, precisamente la lucidez con que se afirma en el aquí y el ahora le impide buscar puntos de apoyo tanto en el «más allá» como en el «antes» o el «después». Esto hace que se vuelva un iconoclasta con respecto a todos los sucedáneos de la trascendencia: fama, honor, currículum, influjo, herencia... ¿para qué sirven todas esas cosas una vez pasada la fecha de caducidad, que a todos los efectos es la de cualquiera de nuestras vivencias: el momento mismo en que tienen lugar? No es Savater buen albacea de su propio legado: «Cada línea, cada página tienen su qué, su porqué y sobre todo su fecha. Estoy seguro de que en su día cumplieron una función, en mi vida o en la de otros. Si tuviese que releerme encontraría ahí probablemente cosas apreciables, multitud de disparates y algunas fidelidades obsesivas... pero no pienso releerme ni mucho menos incitar a nadie a que me relea.» (pp. 20-21).

Savater, en definitiva, es un consumado practicante de la abnegación que tanto cuesta al más convencido de los ascetas. Decirlo así resulta risible por cuanto no renuncia—profesa no renunciar— a todo lo que albergan los instantes de la existencia. El problema es que el instante es algo muy angosto y dentro de él caben muy pocas cosas. Por eso, quien se mueva es este ámbito tiene que programar los deleites con el cuidado del estratega que planea un golpe de mano: «Siempre he sido un discípulo de Tántalo, un maestro en el aplazamiento del placer inminente, ya materialmente conseguido y cuya demora por tanto resulta deliciosa. He querido saberme dueño y maestro de ceremonias de mis goces, restarles lo impulsivo, añadirles deliberación. No ser poseído por la delicia sino poseerla y suministrarla.» (p. 77) Y es que la fruición misma es algo infinitesimal, una nada, que precisa ser caleidoscópicamente multiplicada en sus anticipaciones y remembranzas. Ahora bien, las anticipaciones son inciertas y potencialmente frustrantes: sólo valen cuando lo que anticipan ya está «materialmente» conseguido. En cuanto a las remembranzas, por una parte llevan aparejado el doloroso sentimiento de la ausencia y, por otra, se van desvaneciendo como las sombras de los muertos en el Hades. Es algo inevitable de lo que somos agónicamente conscientes, sobre todo cuando el paso de los años roba a los que queremos la memoria y por consiguiente la identidad: «He visto “perder la cabeza” a mi abuela, a mi padre y a mi madre, sea por mal de Alzheimer propiamente dicho, por infartos cerebrales sucesivos o por arteriosclerosis: el rubro clínico de la condena es lo de menos, lo único que importa es la pena, lo inexorable de la pena. Según parece, esas maldiciones son genéticas, se transmiten de padres a hijos como un pecado poco original hasta quién sabe qué generación. Espero mi parte en la cadena nefasta y vislumbro su llegada en cada nombre que olvido y en cada cita que equivoco.» (pp. 54-55)

La maldición es genética o quizá simplemente genérica, porque todo es cuestión de un poco antes o un poco después, de si primero perdemos las funciones musculares o las cerebrales... Quien más, quien menos, todos atisbamos estas lúgubres perspectivas.

La mayor parte las aparta de sí como un mal sueño. Unos pocos, como Francisco de Borja, buscan remedio en el desasimiento y la búsqueda de bienes menos volátiles. Otros poquísimos, como Fernando Savater, se agarran aún con más fuerza al pequeño e inseguro clavo del ahora, con pleno conocimiento de causa y aceptación del envite. Su empeño es titánico. Y en tal titanismo radica la grandeza de este hombre, por el cual sin duda merece o merecerá un busto de bronce con su efigie, que él mismo propone colocar en lugar discreto de alguna plaza ajardinada, junto al que se besarán las parejas y sobre el que defecarán las palomas, aunque quizá no las de San Sebastián, sino las de otras latitudes menos obceadas con el Rh. Pero antes de llegar a eso hay, espero, muchas lecturas, muchas escrituras, muchos buenos momentos de amistad, muchas películas, muchas batallas, muchas causas amenazadas o perdidas. Y sobre todo, mucho humor, mucha mala —en el buen sentido de la palabra— leche, mucha alegría y muchas ganas de vivir la vida.

Como mis propias coordenadas son muy otras, me parece que se podría decir de la filosofía del tiempo de Savater lo que Borges de la tesis del eterno retorno de Nietzsche: «Siguió un método heroico: desenterró la intolerable hipótesis griega de la eterna repetición y procuró educir de esa pesadilla mental una ocasión de júbilo. Buscó la idea más horrible del universo y la propuso a la delectación de los hombres. El optimista flojo suele imaginar que es nietzscheano; Nietzsche lo enfrenta con los círculos del eterno regreso y lo escupe así de su boca.» Otro tanto cabría decir con respecto a Savater de los hedonistas *light* de nuestro país y tiempo: piensan que *toda* la enseñanza del profesor donostiarra se resume en embriutecerse con el alcohol y las drogas, jugar al juego del descompromiso erótico, leer tebeos y ver películas porno, dilapidar en juergas la existencia, hacer irrisión de símbolos y banderas, seguir en cada caso lo que el propio sistema endocrino mande. ¡Y un jamón! Lo que él propone es nada menos que vivir a la más rigurosa intemperie, desnudos de «sobornos póstumos» como el cielo y de escatologías históricas, ideológicas o raciales. Quiere incitarnos a hacer porque sí lo que ni siquiera somos capaces de llevar a cabo por las más sublimes motivaciones. Y todo ello bajo el paraguas de este insólito imperativo categórico: «Que cada cual obre según su vicio.» (p. 21) Se supone que habla de los vicios de cada cual. No me parece buena fórmula. Sería mucho mejor que obrásemos de acuerdo a algunos (no todos) de los vicios savaterianos (y si además fuésemos favorecidos con su prosa, ingenio, optimismo, aunque no con su cabezota o miopía, mejor que mejor). Estando así las cosas, no veo la forma de que el savaterismo se convierta en una escuela, porque ¿cómo enseñar a vibrar con lo que él vibra, a comprometerse con lo que él se compromete, a luchar por lo que él lucha? Las fuentes de sus motivaciones parecen personales e intransferibles. Antes del *bluf* de la genómica todavía cabía la esperanza de extender su ejemplo clonándolo, pero ahora ya ni siquiera eso. Casi todo el mundo obra hoy en día de acuerdo con sus vicios, pero eso no aumenta los índices de lectura, ni de compromiso por las buenas causas, ni de gozosa actividad como alternativa a la necesidad de trabajar. ¡Qué le vamos a hacer! Habrá que seguir buscando modelos de vida que sí estén al alcance de todos los mortales...

* * *